

VICTORIA AIHAR

*Un café no se
le niega a nadie*



Índice

Portada

Dedicatoria

Parte 1

Parte 2

Indira

Maximiliano

Indira

Maximiliano

Indira

Maximiliano

Indira

Maximiliano

Indira

Parte 3

Maximiliano

Indira

Maximiliano

Indira

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

A los aventureros.

A quienes se arriesgan por amor.

A los que se atreven a ser felices.

Parte 1

Estaba deseando que llegara el viernes y con ello el inicio de mis ansiadas vacaciones. Después de mi ruptura con Juanjo, necesitaba relajarme, descansar y, por qué no, tener una aventurilla de verano. En eso estaba pensando cuando Vanesa, mi secretaria, me sacó de la nube de fantasía en la que estaba, para anunciarme que eran las cuatro y media de la tarde. Salté de mi sillón, cogí mi cartera, las llaves del coche y salí corriendo de la oficina, mientras ella me deseaba buenas vacaciones.

Subí al vehículo y conduje unos metros. En ese momento comenzó a nublarse y empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Calculaba que podría llegar al banco con el tiempo justo para cruzar la calle y entrar, siempre que el guardia estuviera de buen humor y me dejara hacerlo.

Estacioné, y de pronto la lluvia, que hasta ese instante se resumía en algunas pocas gotas, se transformó en un diluvio. Tenía que acceder al banco, así que bajé del coche y me dispuse a atravesar la calzada.

No podía ser tan desgraciada; desde hacía un año la mala suerte la había tomado conmigo. Después de varios meses de relación con Juanjo, un día simplemente se dio cuenta de que le gustaban (también) los chicos. «¿Cuán humillante es eso para una mujer?» Vamos, no es que Juanjo fuera el hombre de mi vida, no, eso estaba claro: superficial, guapo, divertido y una bestia sexual; pero, de amor, ni habíamos hablamos. Aun así, mi autoestima cayó en picado y todavía no me había recuperado del todo.

Hacía calor. Llevaba una camisa blanca de seda sin mangas, una falda tubo aguamarina y sandalias de tacón también blancas. Estaba terminando de cruzar cuando un coche frenó bruscamente frente a mí; el susto que me dio me dejó paralizada en medio de la calzada. La puerta del vehículo se abrió y sentí cómo mi mandíbula se desencajaba, hasta quedar casi con la boca abierta. Mi metro setenta y ocho sobre tacones me hacía parecer pequeña ante aquel espécimen masculino que tenía delante de los ojos. Su sonrisa fue mi perdición.

Estaba empapada. El trayecto entre mi coche y el casi atropellamiento por parte de Sonrisa Matadora había hecho estragos en mí; imposible seducir ni a un pescado en esas condiciones. Mi cabello rojo, que a mediodía había sido peinado por George, mi estilista, en un prolijo moño, era una cascada de mechones mojados pegados por todo mi rostro; mi blusa, adherida al cuerpo, dejaba entrever el sostén de encaje blanco, demasiado sugerente... ¡patético!

Sonrisa Matadora me escaneó; un brillo obscuro iluminó sus ojos grises casi transparentes. En ese preciso instante mis neuronas hicieron sinapsis y logré sobreponerme al *shock*, por lo que esquivé a duras penas la parte delantera de su automóvil y subí a la acera, en el momento exacto en que él se adelantó y abrió la puerta del acompañante del coche, haciendo un ademán con la mano para que entrara; fruncí el ceño, aunque en mi fuero interno dudé. ¿Quién se creía que era ese hombre? Sin duda, un adonis con quien bien valía la pena una aventura, pero yo no era de ese tipo.

Como contable, siempre estaba evaluando proyectos y calculando riesgos; era excelente para los demás y realmente un desastre para mí misma, por lo que rápidamente descarté el *proyecto*. Viví ese momento a cámara lenta, aunque no habían transcurrido más de tres minutos y ya temblaba por ese hombre.

Afortunadamente el guardia me conocía y me dejó entrar sin más; ya eran las cinco y dos minutos y el banco cerraba sus puertas a las cinco.

—¡Gracias, Pablo!

—De nada, señorita Ortega.

Dentro quedaban aún unas cuantas personas, así que, chorreando agua, decidí sentarme y disimuladamente mirar hacia fuera. Sonrisa Matadora estaba apoyado en su coche, con un paraguas en una mano para resguardarse de la lluvia.

«¿Estará esperando a alguien?»

Lo escaneé: vestía de traje gris pizarra con raya diplomática, camisa color lavanda y corbata aparentemente gris. Apetecible, comestible. Cuando antes se había bajado del vehículo, estaba tan cerca de mí que había podido oler su perfume, amaderado y levemente especiado. Intoxicante. Debía de rondar los cuarenta; casi metro noventa y de espalda ancha, que desvelaba un trabajo esmerado en el gimnasio; pelo negro como la noche, algo largo y despuntado, nariz recta y boca hecha para besar. La fantasía de toda mujer hecha carne. Y ahí estaba, de pie en la acera, mirando hacia dentro, con esa sonrisa incendiaria. Por fortuna estaba ubicada estratégicamente y él no podía verme; así podía recrearme a mis anchas.

Mientras esperaba mi turno, observé que hablaba en dos ocasiones por el móvil. «Debe de estar esperando a alguien», traté de convencerme.

La realidad era que deseaba que me estuviese esperando a mí; mis piernas habían temblado cuando aquel hombre había descendido del coche y su aroma había inundado mi cerebro. Se produjo una reacción química, cuyo

resultado fue un delicioso espasmo en mi entrepierna.

Habían pasado casi tres meses desde mi última cita frustrada. «¡Sólo yo acepto citas a ciegas, organizadas por mi hermano!» Sus amigos suelen ser unos inmaduros y ése no había sido la excepción a la regla, así que habían pasado cerca de seis meses desde mi último encuentro sexual con Juanjo y sentía la tensión acumulada como un volcán a punto de entrar en erupción.

—Señorita... —dijo el guardia.

Lo miré confundida y me hizo señas para que avanzara hasta el *box* desde el que me llamaban. Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no había oído que mencionaban mi número de turno.

Pasé por caja, guardé el dinero y me dispuse a salir. Aún llovía, aunque bastante menos; él seguía de pie, apoyado en su vehículo y con las piernas cruzadas; una pose muy relajada y sensual. No quería mirarlo, así que, cuando Pablo, el guardia, me abrió la puerta, miré hacia el suelo, pero antes pude ver cómo se incorporaba del coche al verme.

Haciendo como que no existía, iba a atravesar la calzada cuando oí una voz grave y melodiosa que hizo que cada átomo de mi cuerpo vibrara.

—Puede sonarte extraño... pero te vi cruzar y supe que necesitaba hablarte.

Tragué saliva. No era extraño, ¡era demencial! Pero ¡mierda, era condenadamente seductor! Esa voz me envolvió y me hizo girar. No emití palabra; lo miré y mi boca traicionera sonrió en respuesta, con tanta mala suerte (ya habitual) que, al volverme de nuevo para traspasar la calle y acabar con esa locura, mi tacón se atascó y me torcí el tobillo, cayendo de culo en un charco.

«¡Dios!, ¿puede haber vergüenza peor? Sí... que te dejen por otro...»

Inmediatamente sus brazos me sostuvieron y me ayudó a ponerme de pie. Hice una mueca de dolor cuando quise erguirme. Sonrisa Matadora me miraba preocupado.

—Estoy bien, gracias.

—Cielos... ¡la voz de un ángel! —dijo y se golpeó el pecho sonriendo —. Ven aquí, Angelita... veamos ese tobillo...

El guardia, que debió de haber visto la situación, salió a la calle.

—¿Está bien, señorita Ortega?

—Sí, gracias, Pablo, sólo me he torcido el pie... —Sin contar la humillación de haber caído de culo en un charco y haber sido rescatada por ese hombre que casi me atropella, estaba bien.

Intenté soltarme de su agarre, pero apoyar el pie fue doloroso y lancé un impropio al universo.

—¡Mierda! —Mi rostro se frunció por completo.

Sonrisa Matadora me volvió a sujetar y con la mano libre abrió la puerta del acompañante de su vehículo, para luego ayudarme a sentar.

—Voy a mojarlo... —dije avergonzada. Estaba realmente dolorida y al final me encontraba donde él quería tenerme. En su coche.

—No te preocupes, es de cuero... Déjame ver tu tobillo...

Por suerte había dejado de llover copiosamente, sólo caían algunas gotas aisladas y el sol ya comenzaba a brillar de nuevo. Así eran las tormentas veraniegas.

Se acuclilló frente a mí y cogió mi pierna con ambas manos; luego las deslizó hacia el tobillo, desprendió con naturalidad mi sandalia y examinó los daños. Me sentí vulnerable ante ese toque, parecía saber lo que hacía. Me mordí el labio y miró hacia arriba a través de sus largas y oscuras pestañas.

—Sé lo que hago, soy médico...

—No podría decir que soy afortunada...

—Yo diría que sí. —Sus dedos se hundieron alrededor del tobillo y el dolor me hizo saltar del asiento—. Tendremos que hacer una radiografía para descartar fractura.

—Definitivamente no soy afortunada... —Pensaba en mis vacaciones en el Caribe, en el lujoso hotel con todo incluido que había contratado... y yo con una escayola, ¡tremendo!

—Vamos, mi clínica está a unas calles...

«¿Su clínica?»

—No te preocupes, llamaré a mi secretaria y ella me llevará al hospital, seguro que no es nada y con hielo y antiinflamatorios mejorará, tiene que hacerlo.

—¿Eres médica?

—No, contable... —repuse altiva.

—Entonces déjame hacer mi trabajo... —respondió también altivo—. Puede que no sea nada, pero vamos a descartar una fractura.

El tobillo comenzaba a hincharse, así que me enderecé en el asiento, cerró mi puerta, rodeó el coche y se subió a mi lado. La cabina del vehículo de pronto se llenó de una atmósfera tensa. Saqué mi móvil de la cartera y llamé a Vanesa a la oficina. No contestaba. Miré el reloj, eran casi las seis, ya no había nadie en el despacho.

En ese momento, me percaté de que estaba en un coche con un hombre del que ni siquiera sabía su nombre y que podía ser un asesino en serie. Toda clase de imágenes e ideas cruzaron por mi mente; mi rostro debía reflejar el pánico que sentía en esos instantes porque, como si me hubiese leído el pensamiento, respondió a mi pregunta no expresada.

—Por cierto, soy Maximiliano Ramela. No soy un asesino en serie, así que no tienes nada que temer.

—¿Maximiliano Ramela? ¿El cirujano?

—El mismo.

«Diosss...», esto se ponía cada vez más interesante. Estaba en el coche del cirujano infantil más famoso del país. Realmente admiraba a ese hombre, había salvado la vida de Lina, la pequeña nieta de la cocinera de mis padres de toda la vida; era un héroe.

¡Qué patética e inadecuada me sentía en esos momentos! Apretó un botón en el volante y habló.

—Fiona, necesito una silla de ruedas en la puerta de la clínica y la sala de rayos disponible en cinco minutos.

—De inmediato... ¿Algo más?

—Nada más, Fiona, gracias.

—A sus órdenes, doctor.

Lo miré de soslayo y sonreí.

—¿No me dirás cómo te llamas, Angelita?

—¿Para qué, si ya me has bautizado?

—Porque, un ángel como tú, debe de tener un hermoso nombre.

—Indira.

—Lo dicho, un hermoso nombre, para una hermosa mujer.

A mis treinta y cuatro años, pocas cosas me sonrojaban, pero el piropo que acababa de recibir de ese ser genial lo hizo. Así que mi piel, habitualmente blanca como la leche y con algunas pecas, ahora hacía juego con mi pelo.

—Gracias... —dije casi de manera inaudible. Miré su rostro, y la sonrisa que lucía hacía verdadero honor al mote que le había puesto: Sonrisa Matadora.

Llegamos a la clínica Ramela-Kumar. Efectivamente, un enfermero aguardaba en la puerta con una silla de ruedas. Maximiliano estacionó, me miró y bajó del coche para ayudarme. Me senté en la silla y me condujeron hacia dentro. Debía de verme horrible: la blusa ya se estaba secando, pero mi

falda era un desastre, manchada por el agua sucia del charco en el que tan hábilmente había caído.

Cuando entramos, la recepcionista me miró y luego a él.

—La sala de rayos está libre, doctor.

—Gracias... —Y, sin más, nos dirigimos hacia los ascensores. Una vez allí, sus ojos no se apartaron de mí. El enfermero que me transportaba estaba en su propio mundo y no se percataba de nuestras miradas.

Me gustaba ese hombre, y saber quién era sólo había confirmado el hecho de que, definitivamente, Maximiliano Ramela era la fantasía de toda mujer hecha carne, cerebro y alma. Porque sólo un alma grande puede ser altruista y operar a niños que no pueden hacer frente a cirugías costosísimas, como a la que había sido sometida Lina.

Salimos del ascensor y entramos en la sala de rayos.

—¿Estás embarazada o podrías estarlo?

«¿Qué clase de pregunta era esa?»

—Es una pregunta habitual antes de someterte a radiación.

—No.

El enfermero me ayudó a ponerme de pie y sentarme en el aparato, para hacerme la radiografía, mientras él desaparecía en la sala contigua.

Afortunadamente no había fractura, pero sí un esguince considerable que había que tratar, pero podría viajar el lunes, que era todo lo que necesitaba. Aunque ahora no estaba tan segura de que eso fuera «todo» lo que necesitaba.

—Hielo y antiinflamatorios.

—Te lo dije... —acoté con tono de sobrada.

—Es verdad, pero ha sido una buena excusa para estar un rato más contigo —repuso divertido, mirándome a los ojos—. ¿Quieres un certificado para tu trabajo?

—No. Soy mi propia jefa.

—Vamos a vendarte ese tobillo y luego podremos ir a por ese café.

—¿Perdón? —Lo miré ceñuda—. ¿Café?

—Me merezco uno, ¿no crees?

—Una amiga dice que «un café no se le niega a nadie».

—Una amiga muy sabia.

Negué con la cabeza sonriendo. Pulverizó un aerosol frío en mi tobillo y lo vendó; casi instantáneamente sentí alivio.

—Gracias por todo. ¿Qué te debo?

—Un café.

—De verdad, por tus servicios...

—Un café.

—Además del café... sino me harás sentir mal.

—Está bien, subiré mi precio. Un café y una cena.

Sólo en ese momento reparé en la posibilidad de que quizá estuviera casado y tuviera familia.

—Un café no se le niega a nadie, pero es probable que una cena a tu esposa no le guste.

—Estoy divorciado, Indira.

—Vamos a por ese café, entonces.

Me puse de pie con su ayuda; ya no dolía tanto gracias al aerosol que me había puesto, así que, con dificultad, intenté caminar sola, pero él me sostuvo por la cintura. Su toque era alarmante.

Una vez en el coche, Maximiliano me preguntó dónde vivía. Le di la dirección; al fin y al cabo, no podía ser un asesino en serie; sólo un lobo hambriento, y yo, una corderita que se dejaría comer entera por ese animal salvaje.

Cuando entramos en casa, vio las maletas en la sala.

—¿Te vas de viaje?

—Sí, el lunes. Vacaciones, finalmente.

—¡Qué bien! ¿Adónde?

—Al Caribe. Playa, sol, relax, mojitos... —dijo mientras caminaba lentamente hacia la cocina; él me seguía.

Saqué dos tazas con sus respectivos platillos y puse en marcha la cafetera.

—¿Fuerte, medio o suave?

—Extrafuerte, doble.

—Igual que yo. —Estaba de espaldas a él y noté cómo se acercaba.

—Debes cuidar esta hermosa piel del sol... —dijo seductor, trazando con el dorso de una mano el camino entre el hombro y el codo.

Esa caricia me estremeció de pies a cabeza y todo hacia el sur se contrajo, mi corazón se aceleró y supe que lo deseaba mucho. Ahí; en ese momento y en ese lugar.

Me volví y lo miré: sus ojos decían lo mismo, nos deseábamos. Éramos adultos, sin tener que rendirle cuentas a nadie; me podía permitir una aventura.

Sus manos acariciaron mis brazos, de arriba hacia abajo y de vuelta hacia arriba, luego subieron por mis hombros y cuello hasta abarcar mi rostro con

ambas manos. Miró mi boca y después mis ojos, pidiendo permiso para besarme. Di el paso y en el instante en el que nuestras bocas se tocaron, mi cuerpo se hizo agua y mis manos comenzaron a vagar por su cintura y su espalda. Su lengua invadía mi boca, chupaba mis labios, los mordía... nuestras lenguas entrelazadas, tentándose, desafiándose, explorándose. Todo lo que quería en ese momento era que me sentara sobre la encimera y me tomara allí, en mi cocina.

—¿Quieres esto? —preguntó jadeante sobre mis labios, mientras me atravesaba con su mirada suplicante—. Porque yo lo deseo, desesperadamente, mucho.

Cerré mis ojos evaluando una vez más el *proyecto* y deslicé mis manos sobre sus hombros para quitarle la americana, que cayó al suelo. Aún me miraba, esperaba una respuesta.

—Quiero esto.

Volvió a besarme, morderme la barbilla y lamer mi cuello. Todo mi cuerpo estaba preparado para recibirlo, estaba excitada y lo deseaba dentro de mí. Con manos expertas, comenzó a desabrochar mi blusa; luego me cogió por la cintura y me sentó en la encimera.

—Es mejor que no estés mucho tiempo de pie —dijo jugando con su lengua en mi oído. La electricidad recorrió mi cuerpo y me robó un gemido. Subió mi falda y abrió mis piernas para colocarse en medio—. Tu piel es exquisitamente suave, quiero besar cada rincón...

En ese instante, todo lo que yo quería era que entrara en mí y me follara hasta hacerme perder la razón, por horas, ¡qué digo horas! ¡Días!

No me importaba perder el avión mientras Sonrisa Matadora estuviese empujando dentro de mí y rozando su delicioso cuerpo contra el mío.

Aflojé su corbata y desabotoné su camisa para revelar, como imaginaba, un torso perfectamente esculpido, con algún vello en medio del pecho; mis manos rodearon su cintura. Lamí una tetilla y luego la otra; gimió, aflojó su cinturón, abrió el botón y yo bajé la cremallera; los pantalones cayeron arrebujados alrededor de sus pies. Sus bóxers, inmaculadamente blancos, revelaron una erección poderosa. Acarició mis piernas, la cara interna de mis muslos, levantó mi pierna accidentada y trazó un camino de besos desde la rodilla hasta el tobillo, con la mirada fija siempre en el azul de mis ojos.

Me sentía deseada, audaz. Nunca me había atrevido a una aventura como ésta, tener sexo con alguien que acababa de conocer era impensable; pero ahí estaba, toda excitada, jadeando y deseando primitivamente a ese hombre...

como nunca había deseado a nadie.

Las bellas manos de Maximiliano desaparecieron por debajo de la arrugada falda en mis caderas, buscando los lados del tanga, y hábilmente se deshizo de él; la única interferencia entre su sexo y el mío eran sus bóxers. Con una mano acarició mi sexo, empapado, y gemí. Un gemido que sonó casi como un sollozo; su toque me hacía arder.

Con la otra mano acarició mis pechos, redondos y firmes, doloridos de tanta excitación, mientras no le daba tregua a mi boca hambrienta.

—Hummm... Estás empapada...

Enganché mis pulgares en sus bóxers y tiré hacia abajo, liberando una brillante y firme columna; sentía mis mejillas encendidas y mi sexo palpitando, llamándolo.

—Te deseo... —fue todo lo que pude decir. Me soltó y me sentí desnuda al instante. Salió de sus pantalones y bóxers, y se quitó los zapatos y los calcetines. Desde donde estaba sentada, veía a aquel hombre perfectamente cincelado y creado para ser deseado; quise recorrer todo su cuerpo con mi boca, jugar con mi lengua, sentir el roce del vello de su pecho sobre mi espalda y ser penetrada en todas las posiciones posibles e imposibles... mientras su boca hacía estragos en la mía y sobre todo mi cuerpo.

Buscó en su billetera un condón, abrió el envoltorio y lo deslizó a lo largo de su pene; me miró, relamí mis labios. Un segundo después, me sostuve de sus hombros y hundió su rostro en el hueco de mi cuello cuando entró en mí.

—¡Joder! —grité al sentirlo deslizarse en mi interior.

—¡Mierda! —respondió.

Estábamos tan calientes que, si nos rozábamos apenas, comenzaríamos a arder en llamas y yo necesitaba arder, así que tomé la iniciativa y envolví mis piernas en su cintura, me sostuve de su cuello y comencé a ondear las caderas, arqueando mi espalda.

—Eres tan suave y tan prieta... Deliciosa...

Se movía a un ritmo insoportablemente exquisito; no sólo su sonrisa era matadora, todo en él lo era.

Levantó mis nalgas de la encimera y me apoyó contra la pared; era la primera vez que tenía sexo en esa posición y era jodidamente excitante. La boca de Maximiliano se cerró alrededor de un pecho, lamiendo y succionando el pezón, mordisqueándolo mientras acunaba el otro en su mano, rodeando con su dedo el sensible y rosado botón erecto.

El movimiento seco de su cadera, penetrándome una y otra vez sin

piedad, me dejaba jadeante, sin aliento. Sólo podía abandonarme a la enormidad de sensaciones por las que estaba siendo atravesada. Una conocida presión se arremolinaba en mi vientre, creciendo; ambos estábamos cubiertos de sudor, el olor a sexo era embriagador y las respiraciones estaban cada vez más agitadas.

—Quiero oírte, estás a punto de correrte, puedo sentirlo...

—Diosss... Voy a acabar.

—¡Sí! Eso... hazlo para mí...

Mi cuerpo se tensó por completo y un gemido de absoluto placer inundó la habitación.

—Esooo... —Mi sexo succionó el suyo y lo hizo acelerar también a él—. Voy a correrme ahora y luego voy a volver a tomarte en tu cama.

Esa sola afirmación hizo que mi cuerpo cobrara vida de nuevo. Emitió un gruñido animal, empujó bruscamente y acabó mientras me devoraba la boca. Tras unos minutos para recuperarnos, aún dentro de mí, nos deslizamos hacia el suelo, y quedé a horcajadas sobre él; nos miramos y sonreímos. Acababa de tener el mejor sexo de mi vida, con un hombre al que casi no conocía y que me había prometido más. Quería más, mucho más.

Ya no me sentía rota. Una vez un amigo me dijo que un día alguien me abrazaría tan fuerte que todas las piezas volverían a unirse; eso me sucedió esa tarde.

Después de que me tomara en la ducha y en mi cama, me sentí absolutamente renovada, sexy, deseada y lista para mis vacaciones.

Ya era de noche cuando me desperté de un reparador sueño poscoital. Estaba sola; pensé que todo había sido un sueño, pero, cuando me giré, todo mi cuerpo estaba dolorido y había una nota en la almohada, a mi lado.

«Angelita, gracias por esta tarde... Me debes un café y una cena... Cuando regreses de tus vacaciones, llámame al 555 3579 2468... Piensa en mí... y diviértete.»

Diosss... Ese hombre y su sonrisa matadora... Un café no se le niega a nadie, ¿verdad? ¡Cómo podría!

Parte 2

Conocer a Indira había trastocado mi vida. Cuando la vi cruzar la calle en dirección al banco, hace ahora una semana, mi mundo quedó patas arriba.

Nunca había sentido esa necesidad imperiosa de hacer mía a una mujer. Ni siquiera con Analía; con ella había vivido un romance de universidad y aunque la amé, y mucho, debimos darnos cuenta a tiempo de que no teníamos que casarnos. Pero lo hecho, hecho estaba, y de mi matrimonio con Analía nació Aitana, mi hermosa y dulce hija de ocho años.

Hace más de cinco años que estoy divorciado. He tenido algunas relaciones serias, pero ninguna ha llegado a buen puerto. Evidentemente, de no haberme percatado a tiempo de que a ninguna de ellas les apetecía compartirme con Aitana, hubiera terminado en otro fracaso. Por eso, Indira me tiene ansioso. Deseo verla de nuevo, ir a por ese café y conversar.

Tras conocerla íntimamente, no he podido dejar de pensar en ella; hay algo ahí que me tiene desconcertado y necesito volver a verla. Si Analía no hubiese llamado para decirme que se llevaba de vacaciones a Aitana, cuando se suponía que debía pasarlas conmigo, haciendo que corriera a ver a mi hija, hubiese amanecido con ella.

Cuando nos dormimos, agotados y extasiados, abrazarla, dormida en mi pecho, fue una sensación sobrecogedora.

Así que aquí me encuentro, teléfono en mano dispuesto a llamarla, después de haber conseguido con mucho esfuerzo su número de móvil, pues parecía un secreto de Estado.

—¿Hola? —respondió confusa.

—¿Te he despertado? —dije aclarándome la garganta.

—¿Maximiliano?

—Sí. ¿Cómo estás?

—Bien... Hummm... ¿Cómo has conseguido mi número?

«¿Le explico que fue tremendamente difícil y que tuve que sobornar al portero de su piso para obtenerlo?... No, mejor no.»

—Preguntando se llega a donde uno quiere... —Se hizo el silencio—. ¿Te molesta que te haya llamado?

—¡No! ¡Para nada! —Se aclaró la garganta—. Me has cogido por sorpresa; es muy agradable escuchar tu voz.

—Pues créeme que oír tu voz de ángel es un placer para mí.

Así lo sentía, su voz era relajante. Conversamos durante una eternidad.

Al principio ella estaba algo incómoda, pero luego fuimos sintiéndonos más a gusto y parecía como si nos conociésemos desde siempre; en algún punto, ella lo hacía fácil. Me comentó que me consideraban un héroe, ya que Lina, una paciente que había operado hacía un tiempo, resultó ser la nieta de la cocinera de sus padres, por lo que la familia entera estaba agradecida.

Me contó un poco acerca de ella. Resulta una mujer fascinante: es contable y dirige su propio estudio; es independiente desde hace muchos años y aparentemente ha sufrido una desilusión amorosa reciente. Quedamos en que eso lo hablaríamos en persona. Nos reímos mucho; no soy hombre de risa fácil, pero, por alguna razón, era sencillo hacerlo con ella; tenía ingeniosas y graciosas salidas.

Nos despedimos con la intención de volver a hablar en los días siguientes. A mis cuarenta y seis años, estaba tan entusiasmado con ella como si aún fuese un adolescente.

La semana transcurrió de charla nocturna en charla nocturna; si no llamaba yo, lo hacía ella. La verdad es que ansiaba la hora en que llegara esa llamada; se había hecho rutina, una rutina que disfrutábamos. En ocasiones charlábamos de cómo había ido el día, de cómo estaba disfrutando de sus vacaciones o de cómo había sido un éxito la cirugía que le había practicado a algún paciente. En otras, hablábamos de cosas más profundas, de sueños, metas, preocupaciones; pero nunca, durante toda esa semana de conversaciones, tocamos el tema de cuando estuvimos íntimamente juntos, hacía ya dos semanas.

Lo estábamos haciendo todo al revés, pero, bueno, nadie dijo que las relaciones deban regirse por un manual. Con Analía, habíamos seguido todas las reglas que la sociedad veía como normales. Nos conocimos, nos hicimos novios, salimos durante un tiempo, tuvimos relaciones sexuales, al tiempo nos casamos, nació Aitana y nos divorciamos.

Nada indicaba que, al comenzar en otro orden, saldría mejor o peor; así se habían dado las cosas y no me arrepentía ni un poquito.

Cuando llamé por primera vez a Indira, supe al instante que su incomodidad se debía a que le daba vergüenza el hecho de que hubiésemos tenido sexo sin conocernos; para mí, ése no era un problema, porque también supe al instante que no era algo que hiciese con frecuencia.

Fue algo que sucedió, y fue magnífico. Ahora quiero conocerla, quiero que nos demos la oportunidad y, quién sabe, si todo converge, mantener una relación.

Indira

Estas vacaciones han sido extrañas. Las deseaba desde hacía mucho tiempo y, cuando al fin llegaron, también lo hizo Sonrisa Matadora para darle la vuelta a mi vida. Si no hubiera sido porque el sábado me desperté sola y con una nota en la almohada, probablemente nunca hubiera cogido ese avión y ahora no estaría en mi último día de vacaciones, terminando de cerrar mi maleta, pensando en que, a mi regreso, vería a Maximiliano y finalmente tomaríamos ese café que nos prometimos, hace hoy dos semanas.

La cuestión era que había soñado con estas vacaciones, como una aventura; estaba sola, soltera, en el Caribe, disfrutando del sol y del agua turquesa, con hombres guapos por doquier, bien dispuestos... pero en mi cabeza y en mi cuerpo sólo había uno, con nombre y apellido: Sonrisa Matadora.

Cuando recibí la llamada de Maximiliano estaba yendo de camino a cenar; el impacto de oír su voz fue tal que me sostuve contra la pared para no caerme. Al principio me sentí incómoda. «¿Qué pensará de mí? ¿Qué soy una mujer fácil?» No podría culparlo si lo hacía: me fui a la cama con él sin conocerlo, no lo detuve; él me preguntó: «¿Quieres esto?», y yo lo quería, definitivamente mucho. Así que no podría culparlo si pensara que era una cualquiera, aunque había sido la primera vez que hacía una locura semejante. En toda la semana no hicimos mención de lo sucedido, supongo que porque no es un tema para hablar por teléfono; sin embargo, fueron charlas muy bonitas, sobre el día a día o nuestros sueños. Siempre había temas que surgían y acabábamos diciendo: «Esto lo hablaremos frente a ese café que nos debemos». Sí, nos debíamos ese café y había cosas que merecían ser tratadas personalmente. Sé que tiene una hija de su matrimonio anterior, que se llama Aitana, que está en su vida; sé que su sueño de operar gratuitamente a niños con bajos recursos está en curso y se siente muy orgulloso de eso; sé que su hija está de vacaciones con su madre, aunque debía pasarlas con él; sé que la pequeña, además de ser buena estudiante, hace ballet y que Maxi adora pasar tiempo con ella. Es un padre excelente y no tengo ninguna duda de que es un hombre de bien.

El vuelo se me ha hecho eterno. Intenté mirar una película, escuchar

música, leer en mi libro electrónico... pero no encontraba acomodado en la butaca, así que me dediqué a caminar por los pasillos del avión, como posesa.

Finalmente, y tras ocho horas de tortura aérea, llegamos a destino. Deseaba que los trámites fueran breves y mi equipaje fuese el primero en aparecer en la cinta transportadora; también esperaba ver a mis padres o a mi hermano en el aeropuerto para recibirme. Pero, como marca la ley de Murphy, la fila de migraciones resultó eterna y mi equipaje no salió hasta el último minuto; sólo me faltaba salir y no encontrar a nadie para cantar «¡bingo!» y completar mi cartón de la mala suerte.

Menuda sorpresa me llevé cuando no sólo vi a mis padres y a mi hermano, sino que Sonrisa Matadora estaba conversando muy amistosamente con ellos. ¡Y ellos parecían encantados! «¿Cómo no estarlo, con ese porte y esa sonrisa? ¡Si hasta mi padre necesita un babero!», pensé.

Me quedé parada observando la situación, hasta que Maximiliano se percató de mi presencia y, con una sonrisa absolutamente matadora, hizo que mi cuerpo pujara por correr a sus brazos y fundirme en un abrazo. Luché contra esa necesidad y avancé; él avanzó, y mis padres y mi hermano también lo hicieron. Le sonreí, me sonrió. «¡Dioss! ¡Realmente es más guapo de lo que recordaba!»

—¡Tenía tantas ganas de verte! ¡Ese bronceado te queda de maravilla! — susurró en mi oído mientras besó mi mejilla y cogió mi maleta.

Lo miré y no hizo falta responder, mis ojos le dijeron lo que mis palabras no podían. Mis padres se acercaron para saludar, y mi hermano, tan amoroso como indiscreto, hizo la gran pregunta.

—¡Indi! ¡No nos habías contado que estás saliendo con el doctor Ramela!

Mi bronceado ocultó vagamente el color tomate de mi rostro; afortunadamente Maxi tomó las riendas del asunto y nos sacó del apuro.

—Ya les he comentado a tus padres que Indira y yo somos amigos, nos conocemos hace un tiempo...

«¡Increíble! ¡Lo tiene en la palma de su mano!, Martín parece un cachorrito suplicando una rascada de cabeza. ¡Dioss! ¡Qué poder de seducción!»

—Doctor Ramela, por supuesto está invitado a la cena de bienvenida en nuestra casa. Será un placer tenerlo sentado a nuestra mesa y estoy segura de que Carmen estará más que feliz de agregar un plato sabiendo para quién es... —dijo mi madre con su elegancia habitual.

—Estaré encantado, si Indira está de acuerdo... —dijo volviéndose para

mirarme.

A esas alturas, ya me había dado cuenta de que había perdido la facultad del habla; no había dicho ni una palabra y no lograba que mis neuronas hicieran sinapsis. «Pero ¡qué horror!»

Quedarme muda en ese momento no era lo más apropiado. Tras dos intentos, logré articular palabra; esperaba que mi voz no saliera chillona, pero el caso fue que sonó ronca y casi inaudible.

—Me gustaría que nos acompañaras... —Sonrió.

Mis padres y Martín se encaminaron hacia la salida. Maximiliano arrastraba mi maleta y, cuando mis padres estuvieron lo suficientemente alejados, se detuvo y me enfrentó.

—¿Quieres esto? —Mi mente voló automáticamente a dos semanas atrás, en la cocina de mi piso—. Puedo excusarme si te incomoda, podemos tomarnos ese café que me debes en los próximos días, no quiero que te sientas presionada... No es mi intención...

—Quiero esto, Maxi... no me incomoda. ¡Para nada! ¡Venga! ¡Que te has metido en el bolsillo a mi familia!

—¡Yo sólo quiero meterte a ti en mi vida, porque, en mi mente, te has metido desde el instante en que te vi, hace dos semanas, Angelita! —dijo antes de besarme suavemente la mejilla y apoyando su mano en mi espalda baja para que caminase.

Al llegar a la salida, mis padres cogieron la maleta.

—Indi, ve con el doctor Ramela, así lo guías —propuso mi madre como si yo fuese un GPS.

Hice una mueca y subí al coche de Maxi, que ya sostenía mi puerta abierta. Me senté cómodamente en aquel asiento que ya conocía y esperé a que él entrara en el habitáculo.

—¡Al fin solos! —dijo apoyando suavemente su mano en mi rodilla, que reverberó en todo mi cuerpo.

Ambos nos echamos a reír. Se sentía muy cercano y cómodo. Las charlas nocturnas que habíamos mantenido durante la última semana habían sido una buena forma de romper el hielo; de no haber sido él quien llamó primero, no sé si me hubiese animado a hacerlo. Si bien había dejado una nota en la almohada con su teléfono, el hecho de que no se hubiese quedado me hubiera dado la pauta de que, para él, había sido una aventura más.

Pero me llamó, y me explicó que el motivo por el que se había ido había sido Aitana. Así que no puedo estar más feliz de que haya hecho a saber qué

para conseguir mi número de móvil y los datos del vuelo en el que llegaba hoy, para venir a recibirme.

Conversamos amenamente durante el trayecto a casa de mis padres. Él insistió en pasar por una bodega para comprar vino, así que, para cuando llegamos, mis padres ya estaban allí y nos esperaban con la mesa lista.

Cuando Carmen lo vio, casi lo tira al suelo del saludo tan efusivo que le dio. Maxi es una persona humilde; a pesar de saberse el mejor cirujano infantil del país, tiene un alma grande y generosa. Le preguntó cómo estaba Lina, pues se acordaba de ella aunque ya casi habían pasado dos años de la operación.

Realmente admiraba a ese hombre, me tenía obnubilada.

Maximiliano

Verla de pie con su maleta en la puerta de llegadas, mirándonos, con ese bronceado que francamente le quedaba maravilloso, hizo que me estremeciera. Tuve una necesidad imperiosa de ir a su encuentro, abrazarla y besarla; pero estaban sus padres y su hermano, por lo que tuve que contenerme.

Por suerte, Luisa, su madre, propuso que Indira viajara en mi coche, así que la tuve un ratito para mí solo.

Insistí para que pasáramos por una bodega de camino a su casa; esperaba que la elección fuese la correcta. Yo jamás bebo, porque puede presentarse una intervención de urgencia, así que me lo tomo siempre muy en serio. Nada de alcohol.

Cuando llegamos, Carmen, la abuela de Lina, no dejaba de deshacerse en halagos hacia mí. Recordaba a la niña muy bien, así que hablamos un poco de la pequeña, quien, afortunadamente y gracias a la cirugía, estaba en perfectas condiciones. Indira me observaba, con una mirada que denotaba admiración y lujuria.

Con las conversaciones telefónicas de los días pasados, nuestra relación se había estrechado, así que no hubo nada de incómodo. De hecho, fue bastante ameno; yo no estaba acostumbrado a esa clase de comidas familiares.

Conocí una faceta de esta mujer increíble que me hechizó. Estar rodeada de su familia hizo que se mostrara distendida y cómoda, feliz y bromista; no era sólo la contable Ortega, ni la ardiente *femme fatale*; era Indira, en su máxima expresión. El conjunto era condenadamente sexy y encantador; tanto

que, en un par de ocasiones, me pillaron en un estado hipnótico provocado por la cadencia de su voz o su risa contagiosa. Fue bastante vergonzoso para un hombre de mi edad. Pero resultaba más que evidente que lo que nos pasaba era algo mutuo, ya que durante toda la cena nos disparábamos miradas y sonrisas, que no pasaron desapercibidas para sus padres y hermano.

Bebimos café en la sala y pensé que ya era hora de retirarme.

—Señor y señora Ortega, muchas gracias por la invitación. Seguramente Indira estará cansada, así que me retiro —dije levantándome del sillón.

—¿Podrías dejarme en casa? Si no te viene bien, pido un taxi, no es problema...

Mi cuerpo recibió una sacudida; nada me apetecía más que poder llevarla a su casa y estar un poco más con ella a solas.

—Por supuesto, encantado... ¿Estás lista?

—¡Voy a por mis cosas y nos vamos!

Cuando terminé de despedirme de sus padres y su hermano, Indira apareció con una hermosa sonrisa y con su maleta. No había mucho que hacer, estaba colado por esa mujer.

Indira

Adoro a mis padres, pero pueden ser muy controladores en varios aspectos, así que, cuando Maximiliano dijo que se retiraba, fue el momento exacto para hacerlo yo también, sólo que no tenía mi coche, así que le pedí que me llevara. Pude ver en sus ojos una emoción extraña cuando se lo pregunté.

Lo invitaría a ese café hoy mismo, de camino a casa. En casa, ¡¡no!!

Ya en la calle, abrió caballerosamente la puerta del vehículo, cargó la maleta y partimos rumbo a mi piso.

—Te debo un café... —dije.

—Nos lo debemos —respondió enfatizando el nos.

—Hay algunas cafeterías en el camino; si no es tarde para ti, detente en la que mejor te parezca.

—¿No en tu casa? ¿No en la mía? —Miré de reojo—. Entiendo, terreno neutral...

—¡Exacto! Creo que es lo mejor...

Y realmente lo era, porque, de estar solos, probablemente seguiríamos debiéndonos el bendito café.

Su móvil sonó; en la pantalla apareció un número oculto. Presionó un botón en el volante como hizo cuando llamó a su clínica y respondió la llamada.

—Doctor Ramela —dijo secamente.

—Maximiliano.

—¿Analía?

La voz de esa mujer sonaba tensa. Maxi se puso rígido al instante, algo estaba sucediendo.

—Es Aitana.

—¿Qué pasa? —dijo casi gritando.

—Estamos en el hospital; estábamos esquiando y se ha caído. El golpe ha sido muy fuerte, nos trasladaron aquí en helicóptero y ahora le están realizando una resonancia magnética.

—¿Qué dicen los médicos?

—No sé, no sé, te necesito aquí, Maxi, ¡por favor!

—¡Joder, Analía, no puedes prestar atención al menos en algo importante!

—¡No me grites!

—Estoy en camino.

Cortó la llamada y aceleró. No sabía qué decir; no quería dejarlo solo. Estaba visiblemente afectado, pero no sabía si quería que lo acompañara.

—Maxi...

—Lo lamento... —dijo disculpándose por la situación.

—No te preocupes, ¿puedo ir contigo?

—No quiero que te sientas incómoda con Analía, pero, sí, me gustaría mucho. —Apreté su mano, que tenía apoyada en la palanca de cambios.

—No te preocupes por mí, lo importante es que tu hija esté bien.

—¡Mierda! —gritó y golpeó el volante con una mano—. ¡No debería haber estado esquiando, se suponía que debía pasar las vacaciones conmigo, pero ella siempre hace lo que quiere y ahora Aitana paga las consecuencias!

—Pudo haberle pasado estando contigo. ¡No seas tan duro!

Inmediatamente me sentí desubicada, no debí decir eso.

—Desde hace un par de años, la relación con Analía va cada vez peor. Tiene a Aitana de rehén y la utiliza para cabrearme. Lamentablemente debo seguir hablando con ella porque tenemos una hija en común... pero que no sepa qué han dicho los médicos ¡ya es el colmo del absurdo!

—Debe de estar en *shock* por las circunstancias... —dije bajito.

Yo no era madre, pero me costaba creer que una utilizara a una hija para cabrear al padre. Traté de tranquilizarlo, pero él era médico y sabía que, si la habían trasladado en helicóptero y le estaban haciendo una resonancia magnética a una niña de ocho años, era porque sucedía algo grave.

Me mantuve en silencio el resto del trayecto; podía sentir que Maxi estaba tremendamente nervioso y ansioso por llegar al hospital. Aceleré durante el último tramo.

—Gracias por estar aquí —dijo. Me conmovió la sinceridad reflejada en sus palabras.

—Aquí estoy... —Apreté su mano una vez más y descendimos del coche.

Caminamos uno junto al otro, casi corriendo, apenas rozándonos.

—Soy el doctor Ramela, a mi hija le están haciendo una resonancia...

—Venga por aquí, doctor —casi interrumpió la enfermera.

No sabía si quedarme en la sala de espera o acompañarlo. No tuve muchos segundos para pensarlo, porque Maximiliano apoyó su mano en mi espalda para que caminase. Un nerviosismo se apoderó de mí... iba a conocer a su exesposa en un momento bastante poco adecuado.

Al final del pasillo, una morena de melena lisa y perfectamente perfilada conversaba con un médico. Cuando advirtió que nos acercábamos, desvió su mirada hacia mí y luego hacia Maxi.

Era evidente que mi presencia le disgustaba absolutamente. Cuando llegamos donde se encontraban, Maxi hizo un gesto de cabeza a Analía a modo de saludo.

—Buenas noches, doctor, soy el doctor Ramela, el padre de Aitana —se presentó estrechándole la mano.

—Mucho gusto, doctor. Le comentaba a su esposa...

—Exesposa —interrumpió Maxi corrigiéndolo.

—Disculpe. Le comentaba que el golpe ha sido muy fuerte. Temíamos una inflamación cerebral, pero afortunadamente la hemos descartado con la resonancia. La herida...

—¿Herida? —interrumpió horrorizado.

—Sí, la caída y el golpe le produjeron un corte que limpiamos y suturamos. La tendremos en observación esta noche; si mañana está todo bien, podrá irse a casa.

Maxi miró a Analía con una ira que no quisiera volver a ver. Me sentí fuera de lugar; traté de retirarme disimuladamente, pero Maxi me detuvo

apoyando su mano en mi espalda.

—Doctor, quisiera pasar a verla.

—No hay problema. Tan pronto como la trasladen a la habitación, la enfermera los acompañará. Seguramente estará adormecida por la sedación que le hemos dado para realizar la resonancia y los calmantes que le hemos administrado para el dolor, pero estará bien, ha sido sólo un susto.

El doctor se despidió y se alejó por el pasillo. Analía nos miró alternadamente; me sentí bastante incómoda.

—Ella es Indira.

Le tendí la mano para saludarla, pero ésta quedó en el aire.

Maximiliano

Recibir esa llamada de Analía hizo que todas mis alarmas se dispararan. Indira quiso venir conmigo al hospital, lo que me dio una inmensa paz. Era increíble; no nos conocíamos demasiado, pero me sentía afortunado de tenerla a mi lado.

El desprecio de Analía me hizo sentir muy mal. Quizá fui egoísta al dejarla venir sabiendo que mi ex seguramente reaccionaría de esa forma, pero la verdad era que me sentía mucho mejor al estar acompañado por ella.

—Lo siento... Es la primera vez que le presento a alguien; no se lo ha tomado muy bien.

—Ya me he dado cuenta... No te preocupes, he venido por ti, pero no quiero que eso suponga un problema; estás aquí por tu hija y yo estoy fuera de lugar, quizá debería aguardar en la sala de espera o pedir un taxi, no es problema, en serio.

—¡De ninguna manera!

—Escúchame, Maxi: lo último que necesita Aitana es una discusión entre sus padres; ahora mismo sobro.

—Indira... —apoyó una mano en mi hombro y con la otra levantó mi barbilla—... como dije, te quiero en mi vida. Sé que necesitamos hablar y que éste no es el momento, pero también tengo claro que me gustaría que te quedaras, aunque, si estás incómoda, lo entenderé.

No era el momento, ni el lugar, por eso luché, realmente luché para no abrazarla y besarla. Hubo una pugna de miradas, y estuvimos a punto de

sucumbir a esa necesidad... cuando la enfermera apareció con Analía, caminando detrás de ella.

—Aitana ya está en su habitación, doctor, pueden pasar a verla.

—Gracias —contesté y miré a Indira.

—Ve, aquí te espero —respondió. Besé su frente mientras la sostenía por los hombros y la acercaba hacia mí.

Su proximidad me estremeció. Respiré hondo, me separé a regañadientes de su cálido cuerpo y me dirigí por el pasillo a ver a Aitana, siguiendo a la enfermera. No sé cuánto tiempo estuve allí, pero, cuando volví a la sala de espera a buscar a Indira, estaba dormida en un sillón.

Indira

Me dirigí a la sala de espera. Mi cabeza era como una gran masa de contradicciones; lo que ese hombre me hacía sentir era nuevo para mí. Me gustaba, mucho, me sentía muy bien a su lado, su cercanía. Sabía que teníamos muchas cosas en común y que éramos compatibles en otras áreas, pero también me daba mucho miedo.

A mis treinta y cuatro años, tenía demasiados fracasos amorosos encima y no quería sumar uno más. Estuve tentada de llamar un taxi, pero, ¡ni hablar, nunca había sido una cobarde!

No sé cuándo, ni cómo, pero me quedé dormida en un incómodo y duro sillón de la sala de espera; desconozco también cuánto dormí, pero me despertaron unas caricias en un brazo.

—Eres bellísima; durmiendo pareces un ángel...

—¿Cómo está Aitana? —dije aclarándome la voz e incorporándome torpemente.

—Bien; dolorida por el golpe y la sutura, pero mañana ya la podremos llevar a casa... Ha sido un gran susto.

Llevé mi mano a su mejilla; cerró sus ojos y se recostó en ella. Cuando los volvió a abrir, pude ver cuán agobiado se sentía.

—¿Quieres quedarte? De verdad, puedo irme en taxi, no estoy lejos.

—No, te llevo ahora, es demasiado tarde. Has esperado aquí, estás cansada de tu vuelo y yo quiero pasar por mi casa, a darme una ducha, para luego volver.

—Vale... ella va a estar bien... los niños son más fuertes de lo que pensamos.

—Lo sé, lo veo a diario, pero es mi hija, y no puedo ser racional con mis sentimientos.

Se incorporó, me tendió una mano y me ayudó a levantarme.

Vi que Analía nos miraba desde la máquina expendedora de café. Sus ojos emanaban rabia al verme cogerlo de las manos para levantarme del sillón; cuando me di la vuelta para salir, vi por el rabillo del ojo cómo salía rauda hacia la habitación de Aitana.

Caminamos por el estacionamiento cogidos de la mano hasta llegar al coche. Abrió mi puerta y luego subió.

—Gracias por esperarme; pensaba que te habrías ido y, cuando te he visto dormida, he vuelto a darme cuenta de lo egoísta que soy... Estabas agotada del viaje y de la cena y aun así te has quedado...

—Dije que lo haría, aunque te mentiría si te dijera que no he estado tentada de marcharme.

—Lo entiendo...

—No, de verdad no lo haces... —Se volvió en su asiento para mirarme —. No sé qué somos y no sé qué haremos; lo que sí sé es que tengo miedo.

Estaba perdida. Perdida y totalmente colada por ese hombre maravilloso.

Maximiliano

Verla dormida en la sala de espera me sacudió el corazón; me senté a su lado y la observé por un momento. Se la veía en paz, una paz que necesitaba, por alguna extraña razón; el mundo conspiró para que nos conociésemos y para que hoy estuviésemos donde estábamos.

Su piel era una tentación; mis dedos deseaban acariciarla, así que lo hice: acaricié su brazo, hasta que se despertó. Sus ojos se fijaron en los míos. Me sentía bastante agobiado con el accidente de Aitana y la actitud de Analía, pero ahí estaba ella, hermosa, como un ángel. Debió de notar mi estado de ánimo, porque hizo la cosa más dulce: apoyó su suave mano en mi mejilla y quise restregarme contra ella. Necesitaba ese mimo.

Vi que Analía nos miraba con desdén desde un rincón. Ya estaba cansado de sus desplantes, así que cogí a Indira de la mano y no la solté hasta que

estuvo sentada en mi coche. Caminar así, agarrados de la mano, resultaba maravilloso. Entré en el vehículo, nos miramos y quise responderle con un beso su pregunta de «¿Qué somos?».

«¿Qué somos?» Ésa era una buena pregunta. Yo tenía claro lo que quería que fuésemos, pero ella tenía miedo, y no quería presionarla. Ya habría tiempo para ese café que nos debíamos (una vez más) y podríamos hablar de todo lo que quisiéramos y de lo que necesitábamos decirnos.

Durante el trayecto hasta su piso, me preguntó sobre mi relación con Analía o, mejor dicho, sobre la inexistente o mala relación que tenemos. Nunca le había presentado a una mujer, no se había dado la oportunidad; evidentemente le sentó muy mal conocer a Indira. Aunque hubiese sido en otras circunstancias, habría resultado lo mismo; pero estaba seguro de que a Aitana le caería muy bien.

Mi niña es muy dulce y no se deja influenciar por su madre; de hecho, una vez que tenga el alta, vendrá a mi casa. A ella le encanta pasar tiempo conmigo y a mí con ella, y de esa forma podrá conocer a Indira.

—Hemos llegado —dije.

—Gracias por traerme. ¿Quieres pasar? Podrías ducharte aquí, así no tardarás tanto en volver...

Lo pensé algunos segundos; la oferta era tentadora, más que tentadora, imposible de rechazar, si eso me daba más tiempo con ella. Al fin y al cabo, no éramos desconocidos, así que acepté.

—Me vendría bien, y también un café. ¡A ver si podemos tomarlo de una buena vez! —Nos reímos.

—Es verdad, parece que el destino no quiere que tomemos ese café...

—No, el destino nos está diciendo que, quien espera, obtiene su recompensa.

Bajamos del coche, saqué su maleta del portaequipajes y entramos en su casa.

Indira

Entramos en mi piso, dejó mi maleta al lado de la puerta y apoyé mi bolso sobre el sillón.

—Ponte cómodo, voy a por unas toallas y, mientras te duchas, prepararé

café.

Caminé unos pasos en dirección hacia el pasillo, pero fui detenida por su suave agarre.

—Indira... —Lo miré y bajé enseguida los ojos.

Por alguna razón me sentía tímida; después de lo que habíamos vivido, parecía ilógico, pero así era, así me sentía. Me cogió por ambas manos y me instó a que lo mirara.

—Gracias, de verdad, por acompañarme hoy, ha sido muy especial...

—No ha sido nada, lo he hecho porque he querido. Te he visto muy afectado cuando has recibido esa llamada; no me ha parecido bien dejarte solo en ese momento...

—¿Puedo abrazarte? —Asentí con la cabeza; realmente necesitaba su contacto.

Ese abrazo lo era todo, todo lo que precisaba; buscó mi boca y no pude resistirme a ese beso. Nos fundimos en un abrazo, un abrazo y un beso muy esperado y deseado, pero el miedo se apoderó de mí; una sensación de inseguridad barrió mi necesidad de estar así, siendo abrazada por ese hombre, por el cual estaba sintiendo cosas que no me podía explicar.

—Yo... eh... no sé qué quieres de mí, Maxi... —Me solté de sus brazos—. Será mejor que te des esa ducha, voy a preparar café...

Con piernas temblorosas, anduve por el pasillo, con las cosquillas recorriendo mi cuerpo y toda una colonia de mariposas aleteando en mi estómago; todos y cada uno de los sentidos de mi cuerpo se habían agitado. Creo que entré en pánico, porque necesité sostenerme contra la pared y me deslicé hacia el suelo.

Respiré un par de veces, hasta que recuperé el control de mí misma. Me puse de pie, fui a por esas toallas y volví a la sala. Maxi estaba sentado en uno de los sillones, con la cabeza apoyada en las manos.

—Aquí tienes... —dije y pareció sobresaltarse.

—¿Podemos hablar?

—¿Te parece si, mientras te duchas, preparo café?

—Vale...

—Conoces el camino. —Nos sonreímos y cada uno fue para el lado contrario.

Maximiliano

¡Diosss! Tenerla entre mis brazos provocó un vuelco en mi corazón, y ese beso... me envolvió en una nube embriagadora, como nunca antes me había sucedido.

Cuando ella se separó, me sentí huérfano, vacío, y supe de inmediato que esa sensación, esa necesidad de ella, me volvería loco si no me daba una oportunidad.

Me fui a la ducha y ella, a preparar el bendito café. No pensaba presionarla, pero no me iba a callar lo que sentía; al fin y al cabo, no era un adolescente, aunque en esos momentos me sintiera como uno y mi cuerpo reaccionase como tal; me había transformado en un adicto a ella.

Acabé de ducharme, me vestí y caminé hacia la sala. Indira estaba sentada en el comedor; sostenía una taza de café con ambas manos, como queriendo apoyarse en algo.

Me senté y mantuvimos el mutismo durante algunos segundos, que parecieron eternos. Ella rompió el silencio.

—No sé si le pones azúcar, edulcorante o si lo prefieres amargo...

—Azúcar, una cucharadita...

—Al menos, ahora sé cómo te gusta el café.

—Sabes mucho más de mí que mucha gente que me conoce de toda la vida y... todo lo que quieras saber, sólo tienes que preguntarlo, quiero que nos conozcamos.

—Esto es tan raro...

—¿Te incomoda?

—No, no es eso; es sólo que comenzamos al revés y por alguna razón me siento... hummm... tímida, pero no incómoda.

—¿Te arrepientes?

—No, para nada... pero me siento extraña. ¿Y tú?

—Yo siento un montón de cosas, Indira; quiero ser absolutamente transparente respecto a lo que me pasa contigo.

Quería escuchar lo que tenía que decir, así que bebí un sorbo de café y me mantuve en silencio para que pudiese hablar. Su porte me enterneció... Al ver que no decía nada, decidí iniciar yo la conversación.

—¿No te das cuenta de que me has rescatado? Siento que he malgastado estos últimos años... hasta que te vi cruzar esa calle.

—Tengo miedo, Maxi, miedo de un nuevo fracaso, de que esto no funcione...

Indira

Decirle que sentía miedo me hacía parecer débil a sus ojos, pero debía ser honesta. Le conté mi último fracaso amoroso con Juanjo, y añadí que, aunque no era el hombre de mi vida, ni mucho menos, era sumar un fracaso más a la lista. Gabriel sí, Gabriel me había dejado rota; lo había amado mucho y me había herido, jugando con mis sentimientos.

Pero, aquel viernes, después de hacer el amor, Maxi me abrazó tan fuerte que sentí que cada una de mis piezas rotas volvían a unirse. Nada me gustaría más que Maximiliano fuese la persona que lograra que volviese a tener confianza en mí misma; con lo que acababa de decir, no me quedaban dudas, pero el miedo me acobardaba. «¿Desde cuándo eres una cobarde, Indira?!»

—Déjame quererte... Deja que te haga olvidar todos esos fracasos, juntos nos potenciamos... Me haces tener esperanza; no sé cómo lo has hecho, en tan poco tiempo, pero nunca antes me he sentido así por una mujer.

—Quiero decirte tantas cosas, Maxi...

—¿Pero?

—Me asusta sentir lo que siento... Me gustas, no, no me gustas, me encantas; te admiro, creo que eres un hombre maravilloso, un alma grande; contigo me siento de una forma como nunca jamás me había sentido, ni siquiera con Gabriel... Quisiera creer que tú y yo podemos...

Maxi me cogió de las manos y me miró; esa mirada me penetró a un nivel muy profundo y ya no tuve dudas, juntos éramos más y mejores.

—Tú haces que el cielo se vea en colores, has roto todos mis esquemas... Algo has cambiado en mí y, aunque puede parecerme una locura, tengo la certeza de que no quiero sólo un café contigo: quiero todos y cada uno de tus cafés, quiero tus amaneceres y tus noches, tus alegrías y tus tristezas, quiero una vida contigo. Sólo dame la oportunidad de demostrarte que, juntos, podemos.

Me levanté de la silla y me senté en su regazo, envolví su cuello con mis brazos, me asió por la cintura y nos besamos. Fue un beso tierno, un beso de aceptación, de pasión, un beso de cierre de una etapa y comienzo de otra,

juntos.

—Yo también quiero todos tus cafés, tus amaneceres y tus noches, tus alegrías y tus tristezas, quiero compartirlo todo... Quiero una vida contigo...

Volví a comprender por qué, al verlo por primera vez, lo había apodado como Sonrisa Matadora, y en ese momento cobró un nuevo significado; al dispararla, mató mis temores.

—Seguramente deberemos transitar sobre algunos escollos...

—Los sortearemos... ¡juntos! —respondí.

—Y si las cosas se ponen difíciles, ¡no desistas!

—No lo haré... Ahora, doctor, tómese ese café; por mucho que me gustaría que se quedara, su hija lo espera en el hospital.

—Estoy seguro de que le encantarás a Aitana, y a ti te encantará ella.

—No lo dudo, teniendo el papá que tiene. Ya habrá tiempo para que nos conozcamos.

Me abrazó y hundió su rostro en mi cuello, aspiró mi aroma y me besó.

—Tal como lo recordaba... dulce y suave. —Acarició mi barbilla con la punta de su nariz y besó mis labios suavemente.

Nos miramos con la emoción a flor de piel y nos abrazamos. No fue preciso decir más.

Parte 3

Maximiliano salió rumbo al hospital y yo, con una sonrisa en los labios, a la ducha para luego sumergirme en la cama. Estaba cansada y era tarde, pero la emoción me embargaba y la certeza de que ese hombre no sólo se había fijado en mí, sino que además quería más, mucho más, me tenía ansiosa.

Sabía que las cosas no resultarían fáciles. Analía sería un hueso duro de roer, pero también sabía que estaba dispuesta a intentarlo; al fin y al cabo, ella era su pasado y yo quería ser su presente y su futuro. ¿Sería sencillo con Aitana? Eso ya lo descubriría.

Me desperté con el sonido del móvil. Era domingo, día en que habitualmente salía de compras a algún mercadillo local, pues me gustaba comprar artículos de decoración usados y flores para decorar mi piso. Pero Maxi tenía otros planes.

—Hola, Angelita...

—Maxi, ¿cómo estás? ¿Cómo ha pasado la noche la niña?

—Bien; aún está un poco dolorida, lo normal, pero en este instante acaban de darle el alta y nos vamos a casa.

—¡Estupendo! Me alegro mucho...

—¿Qué planes tienes?

—El de todos los domingos: salir a caminar, comprar flores y alguna cosa más.

—¿Y... si vienes a casa, conoces a Aitana y preparo una deliciosa comida para los tres? Podemos pasar el día juntos... —Me quedé sin palabras—. Sé que no es el mejor plan, me encantaría tenerte para mí solo, pero Aitu se quedará en casa unas semanas...

La propuesta me encantaba, aunque me ponía nerviosa. Sabía que ella era lo más importante para él y, por ende, si le caía mal, lo nuestro, definitivamente, no tendría futuro.

—¿Indi?

—El plan me apetece mucho... pero no sé si es el mejor momento. Aitana debe de estar mimosa al estar convaleciente y quizá quiera toda la atención para ella, no quisiera que mi presencia la incomodara.

—No lo hará; quiero que la conozcas...

—Vale. Entonces, ¿cómo quedamos?

—En una hora ya estaremos en casa, así que ven cuando quieras; toma nota...

Maxi me facilitó la dirección. Quería caerle bien a la niña, quería llevarle algo, pero ¿qué? ¿Qué les gustaba a las niñas de esa edad? ¿Un peluche? Seguramente me lo tiraría por la cabeza; mejor salir de dudas.

—Maxi... quisiera llevarle un regalito a Aitana, pero no tengo idea de qué. Temo llevarle un peluche y que me lo lance...

Maxi rio interrumpiendo mi lamentable discurso. «¡Mierda, hasta su risa me enciende!»

—No conoces a Aitana; es una fanática de los peluches y, si encima es un conejo, entonces seguro que te la metes en el bolsillo.

Una lamparita se encendió en mi cerebro. ¿Y si ese conejo no fuera de peluche?

—Estaré allí en hora y media...

—¡Te espero!

Sí, le compraría un conejito, con jaula y todo; esperaba que Maxi no me sacara a patadas con conejo incluido. Me duché y me vestí, nada provocativo, vestimenta de domingo, cómoda y deportiva, y salí rumbo a la tienda de animales más cercana.

Elegí un cabeza de león; era precioso y con ojitos muy tiernos; casi me lo quedo yo, me enamoré de él nada más verlo. Estaba segura de que le encantaría. Pasé por un mercado, compré helado para el postre y seguí camino hacia la casa de Maxi.

Un Maximiliano informal me abrió la puerta. ¡Diosss! Si no fuera porque tenía al bendito conejo en una mano y el helado en la otra, me hubiera colgado de su cuello y lo hubiese besado hasta dejarlo sin aire. También estaba el pequeño detalle de Aitana, que apareció detrás de él con una venda en la cabeza. ¡Qué niña tan bonita!

—¡Hola!

—¡Hola! ¡Pasa! —dijo dándome un casto beso en los labios.

—Hola... Tú debes de ser Aitana... Tu papá me ha hablado mucho de ti —saludé poniéndome a su altura para darle un beso en la mejilla.

Aitana miró a su padre y luego a mí. Creo que no comenzamos bien.

—Esto es para ti, sé que te gustan los conejos... —dije temerosa tendiéndole la jaula.

Vi que le brillaron los ojos, pero inmediatamente después rompió en llanto y salió corriendo.

—¡Aitu! ¿Qué pasa, cariño? —preguntó Maxi, yendo detrás de ella.

«¿Me voy? ¿Me quedo? Me quedo, me quedo y me quedo», pensé.

Dejé la jaula con *Leoncito* al lado de la puerta y caminé hacia donde lo había visto desaparecer; con suerte encontraría donde estaban, ya que la casa era inmensa.

A medida que iba entrando, oía la voz profunda y masculina de Maxi hablándole cariñosamente a la pequeña. Me sentí intrusa, pero necesitaba saber qué había hecho mal.

—¿Por qué no le dices a papá qué sucede? —escuché que le decía.

—¡Mamá no me va a dejar tenerlo! ¡¿Sabes cuánto hace que le pido un conejito y ella no quiere?!

Se me estrujó el corazón, ¡era un condenado conejo! ¿Por qué demonios se lo negaba?

—Cariño, ésta también es tu casa; ahora estarás unas semanas con papi y, cuando vuelvas con tu madre, lo puedes dejar aquí, yo lo cuidaré muy bien por ti.

—¿Me dejas? ¡Es que es precioso y me encantaría quedármelo!

—¡Claro, cariño! Sé que Indira lo ha comprado para ti con mucho amor. Vamos a hablar con ella, ¿sí?

—¡Vale! ¡Qué maja es!

—¿Verdad que sí?

Golpeé la puerta, que estaba abierta.

—Lo siento si he metido la pata... Es habitual en mí.

Maxi me tendió una mano para que me acercara. La hermosa niña de enormes ojos grises y cabello rizado color ébano estaba sobre su cama con ojos llorosos pero luciendo ahora una gran sonrisa.

—Ven... —insistió Maxi.

Aitana me sonrió y me ablandó el corazón. Se puso de pie y vino a mi encuentro; aún estaba apoyada en la puerta.

—¡Gracias! —dijo y se estiró para darme un beso en la mejilla con un dulce abrazo.

—Es un placer... —repuse y, antes de que hubiera terminado, la niña salió corriendo en busca del dichoso conejito.

Maxi me sonrió. Se acercó a mí y me apretó contra la pared, entornando la puerta con un pie.

—¿Te he dicho ya que eres guapísima y que me muero por tenerte de nuevo? —dijo besando mi cuello.

—Hummm...

De no ser porque estábamos en el dormitorio de Aitana, y la oíamos

revoloteando por la sala con *Leoncito*, nos hubiésemos hecho el amor allí mismo.

El beso fue letal y nuestros cuerpos reaccionaron incontenibles. «¿Será siempre así?» Sentí una sensación de desasosiego producida por su cercanía, que me descontrolaba las hormonas de forma despiadada.

Nos separamos, tentados; debíamos guardar distancia en ese momento porque, de lo contrario, ya no podríamos detenernos.

—¡Papá! —gritó Aitana desde la sala.

Nos sonreímos, besó suavemente la punta de mi nariz, apoyó su frente en la mía y resopló.

—Me matas... ¿Te quedas hoy?

—Yo... no sé, Maxi, está tu hija...

—Tranquila... sin presiones...

Salimos de la mano hacia la sala. Aitana estaba desparramada en la mullida alfombra jugando con el animalito.

—¡Mira, papá! ¡Parece un león!

Maxi me miró y sonrió, articuló un «gracias» y besó mi mano.

—Me han dicho que es de la raza cabeza de león... ¿Qué nombre le pondrás? —pregunté sentándome en la alfombra a su lado.

Aitana me miró pensativa, luego a Maxi y le sonrió. «La misma sonrisa matadora que su padre.»

—¿Qué nombre le pondrías tú? —me demandó.

—Hummm... *Leoncito*... pero es muy poco creativo... ¿verdad?

—¡Me gusta! También me gusta tu nombre.

—Gracias, preciosa... A mí me encanta el tuyo —dije tocándole el cabello.

Maxi miraba la escena con esa sonrisa que alejaba de mí toda voluntad; aún sentía su sabor en mi boca y sus manos recorriéndome. Volvió de la cocina con una copa de vino para mí y zumo para ellos; se sentó junto a nosotras mientras esperábamos que estuviese lista la comida.

El día fue un disfrute: comimos, conversamos, jugamos y finalmente miramos una película. Ya era de noche; Aitana se había quedado dormida en el sillón, con la cabeza apoyada sobre el regazo de su padre y los pies sobre el mío.

—Voy a llevarla a la cama... —me anunció cuando hubo terminado la peli. La cargó y desapareció por el pasillo.

«¡Qué día!», pensé cerrando los ojos.

Ese hombre era asombroso; un gran padre, un estupendo profesional y un amante sin igual. En cuanto a mí, me sentía completamente atraída por él.

Las manos fuertes de Maxi se posaron sobre mis hombros, para darme un masaje exquisito; despejó mi cabello, ladeó mi cuello y lo besó. Era delicioso.

—Maxi...

—Hummm...

—Aitana...

—Está dormida.

Se sentó a mi lado, cogió mi rostro entre sus manos, miró alternativamente mis ojos y mis labios y me besó, profunda y devastadoramente.

Necesitaba sentirlo; el adelanto en el cuarto de Aitana me había dejado famélica. Mi cuerpo despertó por completo y me sentí tan osada como aquella primera vez juntos.

—Me quedo... —dije sobre sus labios mirándolo directo a los ojos.

Volvió a besarme febrilmente, su lengua explorando cada uno de los rincones de mi boca, enroscándose con la mía.

—Vamos al dormitorio... —propuse y se puso de pie de un salto.

Una soberbia erección se dejaba adivinar debajo del vaquero; sonreí pícaramente, recordando lo que había disfrutado de ella.

—¿Hay algo que te guste?

—Todo...

Abrazados, me dejé guiar hacia su habitación. Mi corazón latía fuerte y la expectativa de volver a estar juntos me tenía nerviosa. Creo que él también se sentía un poco así, pero la necesidad era más fuerte.

Maximiliano

Nos desvestimos mutuamente con prisa; su suave piel estaba caliente, como nosotros. Deslizó sus brazos alrededor de mi cuello y me besó profunda y provocativamente. Nos devorábamos; gimió, la cogí por la cintura y la apreté contra mí para que sintiese cómo me excitaba.

Caminé sosteniéndola hasta llegar a la cama. Continuamos besándonos mientras mis manos acariciaban sus deliciosos y turgentes pechos, quería

degustarlos; se acostó y se arrastró hacia atrás para dejarme sitio. La recorrí con mi boca desde la punta de los pies, deteniéndome en cada punto donde era correspondido con un gemido. Me alimenté de sus pechos, mientras ella enredaba sus dedos en mi cabello. Verla disfrutar me excitaba todavía más.

Aparté su ropa interior para descubrirla muy caliente y mojada; acaricié su sexo y la noté temblar. Quería empaparme de ella, devorarla y volver a sentirla acabar en mi boca.

Le quité el tanga y me sumergí en ella; su cadera se movía sincronizada con los embates de mi lengua; su respiración agitada y sus gemidos me anunciaban lo que tanto deseaba. Que explotara.

—¡Ahhh! ¡Sí! —acabó, agitada y temblando.

—Eres deliciosa, Indi... Me enloquece verte caliente.

—Te deseo, Maxi... Te necesito dentro de mí...

La miré durante unos segundos; también precisaba estar dentro de ella. Me coloqué encima, frotando mi pene, duro y húmedo en su entrada. La besé enloquecido, compartiendo su sabor.

Comenzó a moverse debajo de mí y mi pene supo el camino a su interior. Estar dentro de ella era una condena y quería estar condenado toda la vida.

Mi beso se hizo más duro y demandante, estaba enardecido.

—Dios, cariño... Esto es la gloria.

Indira

Acabar en su boca había sido maravilloso, pero nada se comparaba con tenerlo dentro. Era sobrecogedor. Envolví mis piernas en su cintura y levanté mis caderas para invitarlo a moverse; anhelaba sentir esa fricción y la locura con la que me penetraba.

Estaba excitada, lo estábamos. Oía las dulces y obscenas palabras que me decía al oído, lo notaba empujar fervorosamente dentro de mí y resultaba maravilloso. Jamás me había sentido así con nadie; sólo él lo tenía todo y yo quería todo y más.

Nos amamos durante horas, disfrutando de cada toque, de cada caricia, de cada beso, de cada dulzura y de cada locura. Juntos alcanzamos el clímax, en un grito ahogado para no despertar a Aitana. Acurrucados y satisfechos, nos besamos. Mis ojos pesaban y mi cuerpo estaba lánguido; la respiración de

Maxi era regular, por lo que creí que estaba dormido.

—Te quiero... —dije para no guardarlo para mí.

—Yo también... —contestó besándome el hombro y volviéndose a acomodar; nos dormimos.

El lunes me desperté temprano y me di una ducha; llamé a mi secretaria y, tras una breve conversación, le expliqué que no acudiría a la oficina ese día. Maxi me había invitado a pasear con ellos; sería buen momento para conocer más a Aitana, así que acepté sin dudar.

Fui a preparar el desayuno mientras él se daba una ducha; chocolate para la pequeña, café para Maxi y para mí. La niña llegó a la cocina refregándose los ojitos y con el conejo en brazos. Me miró extrañada.

—¡Buenos días, preciosa! ¿Cómo has dormido?

—Bien, pero me duele un poco aquí... —dijo señalando el vendaje.

—Es normal, se te pasará... —le comenté acariciándolo.

—¿Te has quedado a dormir? —preguntó mientras se sentaba en la banqueta de la isla de la cocina.

No sabía qué responder, pero resultaba más que evidente: tenía el pelo mojado y llevaba un chándal y una camiseta de Maxi, no era posible ocultarlo.

—Sí... Me quedé aquí...

—¿Papá y tú sois novios?

«Tierra trágame.»

Esta niña me estaba poniendo nerviosa; no sabía qué contestar, no habíamos hablado con Maxi de qué decirle a la cría, pero afortunadamente él vino a rescatarme.

—Buenos días, Aitu... ¿Cómo has dormido?

—¡Hola, papi! Muy bien, *Leoncito* me despertó, creo que tiene hambre —le explicó mientras hacía un gracioso mohín.

—Habrá que darle algo de comer... ¿Te duele algo?

—Sí, un poco aquí... —señaló de nuevo su vendaje—... pero no mucho.

—Me alegro, corazón... Vamos a desayunar, que Indira nos ha preparado un delicioso desayuno... —dijo tomándome por la cintura y dándome un beso en el cuello.

—Papi...

—¿Sí, mi amor?

—¿Indira y tú sois novios?

—Sí... —afirmó como si fuera lo más natural del mundo.

—Me gusta que lo seáis. ¿Adónde iremos a pasear? —preguntó risueña

con bigotes de chocolate.

Me acerqué a ella, peiné su hermoso y enredado pelo con mis dedos, le hice una trenza y le di un beso en una mejilla, que agradeció con una risita fresca.

—¿Adónde te gustaría ir, cariño?

—Hummm... al parque. ¿Podemos hacer un pícnic?

Nunca me había visto como una mujer a la que le gustaran los niños, pero Aitana realmente había conquistado mi corazón, como su padre. Maxi nos miraba interactuar y se le veía divertido y feliz con su café y masticando una magdalena.

Terminamos de desayunar y, cuando Maxi estaba preparando la canasta de picnic, sonó el timbre.

—Aitu... ve a lavarte la cara y los dientes y vístete.

—¡Ya voy, papá! Estoy jugando con Indira y *Leoncito*...

Maxi se acercó a la puerta de la cocina, desde donde podía vernos tiradas en la peluda alfombra de la sala jugando con el dichoso conejito, que era un amor.

Se dirigió a la puerta a abrir. Nosotras reíamos divertidas, ajenas al resto del universo.

Maximiliano

Verlas tan divertidas me encantaba. No tenía ninguna duda de que ambas se llevarían bien, pero que congeniaran tan rápido fue una maravilla y eso me daba tranquilidad.

Abrí la puerta y me encontré con una Analía muy arreglada.

—He venido a ver a mi hija —dijo sin saludar.

—No es buen momento, Analía. Vamos a salir...

—Soy su madre, ¡quiero verla!

La dejé pasar; era un problema, pero no podía negarle que viera a Aitana. Cuando entró, vi la tensión de su cuerpo; Indira y Aitu jugaban risueñas en la alfombra y el conejo trepaba por ellas, bajaba y volvía a trepar.

Aitana vio a su madre y cambió el semblante.

—¿Qué se supone que haces en el suelo y con ese bicho asqueroso?

Analía siempre había sido muy estricta, siempre de punta en blanco; todo

el tiempo teníamos y tenemos discusiones porque yo creo que no le deja vivir su niñez. A mí me encanta que vaya al parque y juegue con arena y tierra y se ensucie; la veo tan divertida y feliz que el resto poco me importa.

Indira se puso de pie para saludar. Caminó hacia nosotros lenta pero decididamente.

—Buenos días... —Tendió la mano, pero nuevamente ésta se quedó en el aire.

—Analía, ¡deja de ser grosera! Es la segunda vez que menosprecias el saludo de Indira. No le faltes al respeto, ¡no lo voy a tolerar! —dije contundente pero sin gritar para no alertar a Aitana.

—No sé qué hace esta mujercita aquí... ¡¿Te acuestas con cualquiera mientras tu hija está en la habitación de al lado?!

Vi a Indira palidecer; se dio la vuelta, cogió a Aitana de la mano y la llevó a su dormitorio. ¡Por suerte!, porque se avecinaba una tormenta.

—¡Escúchame bien! Estás en mi casa... No voy a permitirte que vuelvas a faltarle al respeto a mi mujer...

—¿Tu mujer? ¡Por favor, Maxi! Si tienes necesidades, sabes que siempre estoy disponible para ti... pero esa chica está contigo por tu dinero... Se ve a la legua lo rapidita que es... ¡No ha podido ni esperar a que no estuviera Aitana aquí!

—No la conoces... y que sea la última vez que hablas de ella en esos términos; tendrás que acostumbrarte a la idea de que esté aquí y con Aitana.

Leoncito había quedado suelto y se acercó a Analía.

—¡Qué asco de bicho! ¿Y qué hace mi hija con eso?

Leoncito se acercó más en el momento en que reaparecían en la sala; Analía no tuvo mejor idea que patearlo y Aitana gritó aterrada.

Vi la cara de Indira, que corrió detrás de mi niña para ver cómo estaba el conejo. Aitana lo abrazó y empezó a llorar desconsolada. Una Indira rabiosa se acercó a Analía.

—Pero... ¿qué te sucede?

Fui detrás de Aitana, que lloraba con el animalito en brazos. Esperaba que no estuviese herido, porque, de ser así, realmente Analía iba a necesitar cirugía reconstructiva cuando Indira terminara con ella.

—Escúchame, putita... No tienes nada que hacer aquí... ¡Deja a mi familia en paz!

—Es lamentable que tu hija esté llorando porque acabas de darle una patada a su mascota y estés aquí peleando conmigo como si eso hiciera que

Maximiliano fuera a volver contigo...

Tras revisar que el conejo estaba bien, me acerqué al sitio donde mi pasado discutía con mi presente y deseado futuro. Ya era suficiente, quería a Analía fuera, ¡en ese mismo momento!

—¡Lárgate! Has venido a ver a Aitana y estás aquí discutiendo innecesariamente con nosotros...

—Yo no discuto. Le dejo las cosas claras acerca de quién soy yo.

—Eres la madre de mi hija. Nada más. Punto final —repuse, esta vez alzando un poco la voz.

Aitana dejó al conejo sobre la alfombra y vino con cara de pocos amigos.

—¿Por qué, mamá? ¡Es mi mascota! ¡Me la regaló la novia de papi y se va a quedar aquí, conmigo! ¡No quiero volver a casa contigo! ¡Eres mala conmigo!

—¡Jovencita! Ve a buscar tus cosas ya, te vienes a casa conmigo... ¡Ahora!

—¡Papi, no quiero irme!

—No, cariño... Ve a tu cuarto, que tengo que hablar con tu madre.

—Vamos, cielo... —le dijo Indira cogiéndola de la mano.

—¿Ya te has dado el gusto de poner a mi hija en mi contra?

—Eso lo has hecho tú sola... La niña se queda aquí. No me hagas solicitar la guarda y custodia exclusiva, seguro que la obtendría por muchas razones. Ahora te pido que te retires y, cuando quieras ver a Aitana, llama antes.

Indira

La visita perturbadora de Analía fue ciertamente desagradable. No podía imaginar a Maxi con ella como pareja, ¡eran tan diferentes!

Estaba en la cocina ordenando las cosas del desayuno, pensando en lo ocurrido, cuando Aitana apareció con su conejo a cuestas.

—¡Estoy muy enfadada!

—Lo sé, cielo... pero es tu madre... Hay veces en que los mayores hacemos y decimos cosas que no están bien.

—Ya no quiero volver a verla...

—Eso lo dices ahora porque estás enfurruñada...

—Me voy a quedar con mi papá... ¡Hace tiempo que quiero vivir aquí con él!

Maxi entró a la cocina, con cara de cansado; me miró pidiéndome disculpas y se acercó a donde estábamos.

—Cariño...

—Papi, ¡no me hagas volver con ella!

—Escúchame... Estarás unas semanas aquí y después veremos, está bien... Tu madre te quiere... Los adultos no siempre decimos las cosas que debemos...

—Es lo mismo que me ha dicho Indi, pero ella siempre es así...

—Vamos a olvidarnos de todo esto... Mete a *Leoncito* en su jaula y vámonos de picnic, que hace un día muy bonito y no hay que desperdiciarlo.

Estaba pensativa de espaldas a él terminando de organizar el canasto del picnic.

—Indi... —dijo abrazándome por detrás.

—Será un hueso duro de roer, más de lo que imaginaba. Es dura... cruel... No puedo imaginarla como tu pareja... os veo tan diferentes.

—Ella no era así... Cambió mucho, pero siempre hemos sido muy distintos. —Besó mi cabello aún húmedo—. Lamento tanto que hayas tenido que pasar por esto...

—Yo siento más que Aitu haya tenido que pasar por esto, es una niña tan dulce... No entiendo su actitud, de verdad que no la entiendo... A mí puede llamarme como se le ocurra, sé quién soy, pero ¿a ella?

—Es inmanejable, cada vez está peor... —sentenció apoyando la frente en mi hombro—. Estoy pensando en solicitar la guarda y custodia exclusiva...

Me di la vuelta sin soltarme de su abrazo y lo miré. Hacía tan sólo dos días que había vuelto de las vacaciones y parecía que tuviésemos la confianza de una relación de largo tiempo. Me hacía sentir segura y feliz, por eso me animé a hablarle.

—Maxi... creo que Aitana lo agradecerá... Eres un padre fantástico, ya te he dicho que te admiro y te quiero...

—¿En serio me quieres?

—Sí... aunque creas que es pronto, es lo que siento... Tú dijiste que querías una vida conmigo... Yo quiero una vida contigo... y esa vida incluye a esa dulce pequeña que ha conquistado mi corazón en tan poquito tiempo... Es de locos... pero es así... Por tanto, te apoyaré en lo que decidas... —dije cogiéndolo por el cuello—. Analía no ha cortado el cordón contigo, aún te

siente suyo... Puedo entenderla, así que será muy difícil.

—Lo será... ¡Gracias por estar aquí conmigo!

Permanecemos abrazados. Aitu entró en la cocina y nos abrazó.

—Indi, ¿estás triste por lo de mi mamá?

—No, cariño... ¿Tú estás bien?

—Sí... ¿Vamos al picnic?

—Un minuto... Me visto y estoy lista...

Fui al dormitorio de Maxi; lo observé, era muy luminoso pero masculino, minimalista. Me preguntaba si habría vivido allí con ella, si habría hecho el amor en esa cama, con ella o con otra mujer; estaba acariciando el edredón, perdida en mis pensamientos, cuando entró Maxi adivinando mis pensamientos.

—Esta cama la he compartido sólo con una mujer... una muy especial.

—¿Ah, sí?

—Sí... y ahora también contigo...

Seguí vistiéndome evitando pensar en esa mujer especial con la que había compartido el lecho. Me calcé mis manolequinas, me peiné el cabello en un moño y estuve lista.

—Hermosa... como sea que estés, vestida o desvestida.

Me sonrojé; se acercó y me besó.

—No puedo dejar de besarte... Quisiera poder hacerlo durante horas...

—Yo también... pero hay una niña que quiere ir de picnic... —dije liberándome de su mimoso agarre.

—Indi...

—¿Sí?

—Eres la única mujer con la que he compartido íntimamente esta cama...

—Pero has dicho que la habías compartido con una mujer muy especial...

—Mujercita... Aitu... —Sonrió.

Reí, lo besé nuevamente y tironeé de él para salir del dormitorio e ir hacia la sala.

—¿Vamos? —dijo la cría.

—¡Vamos!

—¿Habéis terminado de daros besos? ¡Qué asco! Joaquín quiere darme un beso, pero yo le he dicho que, si lo hace, ¡se las va a ver contigo!

—¡Has hecho muy bien, cariño! ¡Nada de besos! ¿Quién es ese Joaquín?

—Mi novio en el cole...

Era muy gracioso escucharlos conversar. Cogimos la canasta de la cocina

y salimos los tres en dirección al coche para dirigirnos al parque.

Aitana nos hablaba de Joaquín desde el asiento trasero. Maxi la escuchaba paciente y le hacía preguntas simulando unos celos que, en algunos años más, seguro que serían ciertos y lo enloquecerían.

—Indi... ¿Tienes mascota?

—Sí, tengo dos peces en mi oficina, se llaman *Tina* y *Donnie*.

Maxi me miró asombrado. Claro, había tantas cosas que no sabíamos el uno del otro... pero estaba segura de que nos encantaría ir conociéndonos.

Lo miré y le guiñé un ojo. Seguimos conversando hasta llegar poco después al parque. Bajamos del coche. Aitana salió corriendo; Maxi cogió la cesta y, abrazados, fuimos al encuentro de la pequeña, que ya había elegido un sitio.

Nos acomodamos en el césped y, mientras ella fue a las hamacas, Maxi me asió por la cintura y me arrastró entre sus piernas. Inhaló en mi cuello y apoyó su mentón sobre mi hombro, callado.

—¿En qué piensas? —dije acariciándole la mano.

—En que saber que me apoyas es combustible para tomar la decisión. No hay vuelta atrás, mañana llamaré a mi abogado. Estoy cansado de que la utilice; tengo claro que en parte es porque no supera el divorcio y en parte porque realmente ella nunca quiso tener hijos... Recuerdo como si fuera hoy una discusión en la que me echó en cara que lo hacía por mí.

—Eso no quita que la quiera, Maxi... Sin duda, que tú estuvieras en casa, viviendo juntos, le hacía más sencilla la maternidad.

—Sí, pero yo estoy siempre, aunque no vivo allí; desde el mismo momento en que me mudé de casa, Aitana ha pagado los platos rotos de nuestras decisiones o nuestras malas decisiones. Pero no quiero seguir hablando de ella... Vamos a disfrutar de este día... —concluyó besándome el cuello—. Además, quiero oírte decirlo de nuevo...

—¿Qué cosa? —pregunté avergonzada.

—Lo que me dijiste ayer... ¿Pensaste que estaba dormido? Me encantó oírlo.

—Te quiero...

—Yo también te quiero, Indi... y estoy feliz de estar en tu vida y de que tú estés en la mía.

—En la de ambos...

—En la de ambos... —dijo y me abrazó más fuerte.

Meses después, desperté una madrugada, miré a mi lado y ahí estaba él,

imponente.

Mi suerte había cambiado. ¡Y cómo lo había hecho! Desde que había vuelto de viaje había sido difícil dormir separados, por lo que poco tiempo después me mudé a vivir con ellos. Me sentía feliz y radiante.

Mi mente viajó al día en que lo conocí y, sonriendo, recordé las sabias palabras de mi amiga Natalia: «Un café no se le niega a nadie». ¡Vaya si tenía razón! De no haber seguido su consejo, hoy no sería la mujer feliz que soy, junto a este hombre, que un día casi me atropella sólo para poder hablarme.

Agradecimientos

A mi amor, mi vida, mi «sonrisa matadora», mi «ojos de cielo», mi apoyo. Gracias por la paciencia y por creer en mí. ¡Te amo!

A mis padres, ¡os quiero, sois los mejores!

A mis hermanas, gracias por estar siempre, incondicionalmente. ¡Os amo!

A Esther Escoriza, ¡gracias por tu confianza!

A mis queridos amigos de Facebook, ¡por tanto apoyo, cariño y aliento!

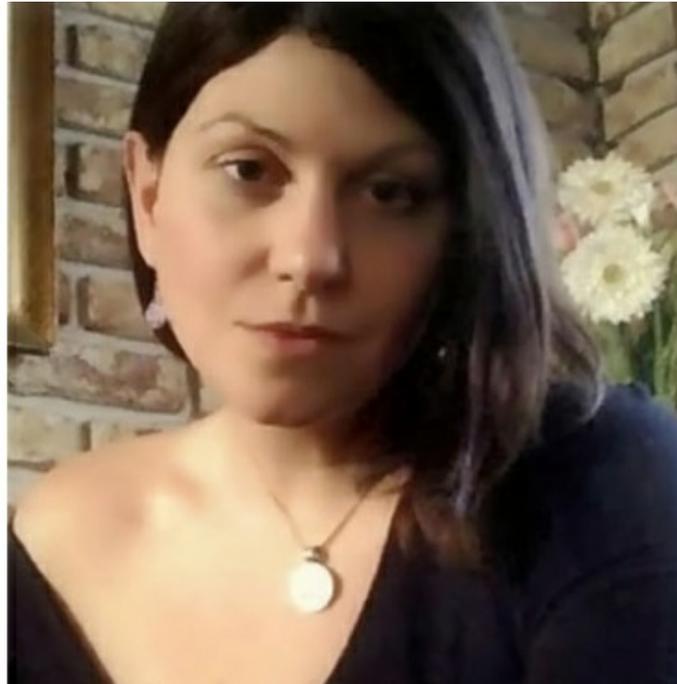
A Naty, Sil, Ruth, Vane, Ceci, Vale, Vivi, Caro, Mari, Miki, Mariel, Kary.
¡Gracias por acompañarme en este camino! ¡Os adoro!

A todos aquellos que me habéis dedicado vuestro tiempo y paciencia, leyéndome, ¡muchas gracias!

A todos quienes se arriesgan a vivir el amor.

¡¡Muchas gracias!!

Biografía



Victoria Aihar nació en Montevideo, Uruguay, en 1978. Educada en una familia tradicional, se casó en el año 2000 y vive la vida junto a su esposo repartida entre la costa y las sierras uruguayas.

En la actualidad es Webmaster de más de una docena de empresas y diferentes instituciones, aunque sus intereses abarcan ámbitos como la medicina, la contabilidad o los idiomas. Le encanta viajar a los más diversos destinos, siempre con la finalidad de formarse, tanto a nivel personal como profesional. El aprendizaje es un viaje eterno, que seguramente seguirá mucho después de su partida...

Comunicar y compartir sentimientos forman parte de ese viaje, por lo que en 2013 comenzó a escribir con gran pasión y entrega.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

<https://es-la.facebook.com/victoria.aihar>

<http://www.victoria-aihar.com>